

VI Domingo del Tiempo Ordinario/B

(Lev 13, 1-2.44-46; 1 Co 10, 31-11,1; Mc 1, 40-45)

Hoy el pasaje evangélico narra la curación de un leproso y expresa con fuerza la intensidad de la relación entre Dios y el hombre, resumida en un estupendo diálogo: "Si quieres, puedes limpiarme", dice el leproso. "Quiero: queda limpio", le responde Jesús, tocándolo con la mano y curándolo de la lepra (**Mc 1, 40-42**). Vemos aquí, en cierto modo, concentrada toda la historia de la salvación: ese gesto de Jesús, que extiende la mano y toca el cuerpo llagado de la persona que lo invoca, manifiesta perfectamente la voluntad de Dios de sanar a su criatura caída, devolviéndole la vida "en abundancia" (Jn 10, 10), la vida eterna, plena, feliz.

Antes una palabra acerca del fenómeno de la lepra. En libro del Levítico, se dice que la persona de la que se sospeche que padece lepra debe ser llevada al sacerdote, el cual, verificándolo, la 'declarará impura'. El pobre leproso, expulsado del consorcio humano, debe él mismo, para colmo, mantener alejadas a las personas advirtiéndoles de lejos del peligro. La única preocupación de la sociedad es protegerse a sí misma.

La otra cara de la moneda sobre la lepra la vemos en Jesús estaba, que predicando en las aldeas de Galilea, no evade el contacto con el leproso, sino que impulsado por una íntima participación de su condición, extiende su mano y le toca –superando la prohibición legal–, le dice: "Quiero, queda limpio". En ese gesto y en esas palabras de Cristo está toda la historia de la salvación, donde está incorporada la voluntad de Dios de sanarnos y purificarnos del mal que nos desfigura y que arruina nuestras relaciones. En aquel contacto entre la mano de Jesús y el leproso, fue derribada toda barrera entre Dios y la impureza humana, entre lo sagrado y su opuesto, no para negar el mal y su fuerza negativa, sino para demostrar que el amor de Dios es más fuerte que cualquier mal, incluso de lo más contagioso y horrible. Jesús tomó sobre sí nuestras enfermedades, se convirtió en 'leproso' para que nosotros fuésemos purificados.

Un maravilloso comentario existencial a este Evangelio es la famosa experiencia de san Francisco de Asís, que lo resume al principio de su Testamento: "El Señor me dio de esta manera a mí, hermano Francisco, el comenzar a hacer penitencia: cuando estaba en el pecado, me parecía algo demasiado amargo ver a los leprosos. Y el Señor mismo me condujo entre ellos, y practiqué la misericordia con ellos. Y al apartarme de los mismos, aquello que me parecía amargo, se me convirtió en dulzura del alma y del cuerpo; y después me quedé un poco, y salí del mundo" (FF 110). En los leprosos, que Francisco encontró cuando todavía estaba "en el pecado" -como él dice-, Jesús estaba presente, y cuando Francisco se acercó a uno de ellos, y, venciendo la repugnancia que sentía lo abrazó, Jesús lo sanó de su lepra, es

decir de su orgullo, y lo convirtió al amor de Dios. ¡Esta es la victoria de Cristo, que es nuestra sanación profunda y nuestra resurrección a una vida nueva!

San Pablo relaciona la lepra con el pecado, y nos lo dice así: **"Al que no conoció pecado, le hizo pecado en lugar nuestro, para que seamos justicia de Dios en Él"** (2 Cor 5, 21). Sí, la peor lepra es la del pecado. Lepra de mente, cuando pensamos cosas indignas. Lepra de los ojos, cuando miramos lo que no debemos. Lepra del corazón, cuando odiamos y deseamos el mal, o la mujer o el varón que no nos corresponde. Lepra de las manos, cuando nos peleamos o cuando no compartimos. Lepra de los pies, cuando transitamos por lugares tenebrosos. Y con esta lepra del pecado vienen todas las consecuencias: nos apartamos de Dios, nos alejamos de los hombres, matamos nuestra alma, y los demás males del mundo. ¿Y por qué Dios no manda de nuevo el Diluvio (Gn 6) o hace caer fuego sobre las nuevas Sodoma y Gomorra (Gn 19)? Tanto ama el Padre al mundo que hace a su Hijo leproso, para que los hombres sientan la calidez y la ternura de Dios en sus carnes.

Este pasaje evangélico nos invita, pues, a una reflexión doble. Ante todo, hace pensar en dos niveles de curación: uno más superficial, afecta al cuerpo; el otro, más profundo, a lo íntimo de la persona, lo que la Biblia llama el 'corazón', y de ahí se irradia a toda la existencia. La curación completa y radical es la 'salvación'. El mismo lenguaje común, al distinguir entre 'salud' y 'salvación', nos ayuda a comprender que la salvación es mucho más que la salud: es, de hecho, una vida nueva, plena, definitiva. Además, aquí Jesús, como en otras circunstancias, pronuncia la expresión: "tu fe te ha salvado". La fe salva al hombre, restableciéndole en su relación profunda con Dios, consigo mismo y con los demás; y la fe se expresa con el reconocimiento.

Pensemos ¿Qué lepra invade mi vida? ¿Qué espero para acercarme a Cristo para gritarle que me cure en la confesión? ¿Por qué no decirle a Jesús, con el corazón en la mano: Señor, si tú quieres, puedes limpiarme.

Dirijámonos en oración a la Virgen María..., que nos llama a la oración y a la penitencia. A través de su Madre, está siempre Jesús, que viene a nuestro encuentro para liberarnos de toda enfermedad del cuerpo y del alma. ¡Dejémonos tocar y purificar por Él, y seamos misericordiosos con nuestros hermanos!

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasolidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)